

# Tribulaciones y dilemas de la memoria rusa

Bruno Groppo\*

## Introducción

La sociedad rusa actual mantiene vínculos difíciles y contradictorios con su pasado, especialmente con el pasado soviético. En estas páginas intentaremos hacer un balance del recorrido de la memoria colectiva rusa y de los usos del pasado por parte de las autoridades rusas tras el fin de la Unión Soviética y el sistema comunista. La noción de "memoria rusa" supone, por supuesto, una abstracción. En la realidad, existe en la sociedad rusa, como en cualquier sociedad, una multiplicidad de memorias colectivas, distintas e incluso opuestas. Y a esto se suma el hecho de que Rusia no sea un país étnicamente homogéneo sino un mosaico de pueblos, dentro del cual los rusos son el componente principal. Por eso, la memoria de la porción rusa de la población no puede ser la misma que la que tienen, por ejemplo, los grupos minoritarios que fueron deportados masivamente por Stalin durante la Segunda Guerra Mundial, como los alemanes del Volga, los tártaros de Crimea, los chechenos y tantos otros.<sup>1</sup> Por otra parte, la memoria de las víctimas de las represiones políticas en la era soviética resulta obviamente muy distinta de la de quienes organizaron tales represiones. Sin embargo, todos tienen en común ese pasado soviético y por ende, toda una serie de experiencias que han forjado las memorias y las identidades colectivas. La noción de "memoria rusa" que aquí empleamos designa a la memoria predominante, dentro de la sociedad rusa, en un determinado momento de su historia: una memoria que debe distinguirse de otra que podría denominarse memoria oficial, es decir aquella construida por las autoridades, que aspiran a imponerla sobre el conjunto de la población. La memoria social y la oficial pueden

parecerse más o menos, o estar más o menos alejadas entre sí, pero nunca coinciden completamente y deben, por lo tanto, estudiarse en forma separada. En realidad, se influyen recíprocamente. De este modo, la memoria oficial contribuye a forjar la memoria social, pero su eficacia depende de su capacidad para tener en cuenta ciertos elementos y responder a expectativas ya presentes en la memoria social.

En Rusia, aún más que en otros países, la cuestión de la memoria resulta indisociable de la cuestión identitaria, sobre todo de la identidad nacional, y remite constantemente a la historia. Durante siete décadas, la historia rusa estuvo estrechamente vinculada a la de la Unión Soviética. La desaparición de esta última, como también del sistema político comunista que ella encarnaba, causó en Rusia una seria crisis identitaria y una profunda desorientación, que la sociedad rusa viene intentando superar desde los años '90, para poder reconstruir una identidad que resulte aceptable. El accidentado recorrido de la memoria rusa durante el último cuarto de siglo se corresponde con esa búsqueda de una nueva identidad. Al examinar dicho recorrido, se imponen de inmediato ciertas constataciones. La primera es que la sociedad rusa sigue profundamente traumatada por las violencias y represiones masivas de la época soviética, en particular las del período estalinista, pero sin embargo aún no ha logrado saldar cuentas con ese pasado. La principal dificultad está asociada al problema de las responsabilidades: ¿quién se hace responsable de los millones de víctimas de esa época? ¿Los rusos son acaso un pueblo de víctimas, de verdugos o ambas cosas a la vez? En lugar de enfrentarse abiertamente a estas preguntas, la mayoría de los rusos ha optado, hasta ahora, por la amnesia y lo reprimido,<sup>2</sup> relegando los episodios oscuros del pasado a los márgenes de la conciencia nacional. Su memoria está llena de olvidos y silen-

\* Centre d'Histoire Sociale du XXe Siècle – Université de Paris I Panthéon Sorbonne.

<sup>1</sup> La ley sobre la "rehabilitación de los pueblos oprimidos", sancionada el 26 de abril de 1991 por el Soviet Supremo de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia hace mención de los distintos grupos étnicos que padecieron esas deportaciones.

<sup>2</sup> Maria Ferretti, "La mémoire refoulée. La Russie devant le passé stalinien", *Annales*, n° 50, 1996, pp. 1237-1257; Maria Ferretti, *La memoria mutilata. La Russia ricorda*, Milán, Corbaccio, 1993.



cios. Sólo una minoría, como por ejemplo, los militantes de la asociación Memorial,<sup>3</sup> sigue evocando ese pasado y luchando por la memoria de las víctimas. Durante la época soviética, los silencios y olvidos se impusieron a través del miedo.<sup>4</sup> En la actualidad, se deben a otras causas (un cierto malestar ante un pasado difícil de cargar; la voluntad de no saber; la aspiración de dar una vuelta de página definitiva; etc.), pero siguen existiendo.

Una segunda observación es la importancia otorgada a la Segunda Guerra Mundial que en Rusia es llamada "la Gran Guerra patriótica". Ésta se ha vuelto el principal sostén de la identidad nacional rusa y ha adquirido el estatuto de mito fundacional, aunque no deja de ser objeto de muy distintas rememoraciones: una que enfatiza los padecimientos, las terribles pérdidas humanas y el anhelo de una sociedad más libre que movía a los combatientes; otra, de tipo nacionalista, que hace exclusivamente hincapié en la victoria sobre la Alemania nazi y atribuye a Stalin ese mérito, poniendo así un velo sobre la memoria de las violencias masivas desatadas por el dictador.<sup>5</sup> La tercera constatación tiene que ver con el uso intensivo pero extremadamente selectivo que las autoridades rusas han hecho del pasado. Vladimir Putin, especialmente, recurre constantemente a la historia soviética, pero también a la historia pre-revolucionaria, como pilares de la ideología nacionalista que propone. Ésta viene a sustituir, en el presente, la ideología comunista anterior. En la época soviética, el pasado se instrumentalizaba para legitimar el poder del partido comunista y su grupo dirigente: cada nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) lo reescribía a su antojo. Hoy en día sirve para legitimar el poder presidencial, para conseguir el apoyo de la población al proyecto de restablecer el poderío ruso en el ámbito internacional y para consolidar un sistema autoritario que sólo tiene la apariencia de una democracia. En ambos casos, se intenta mostrar que el Estado tiene la razón. Veamos ahora más detalladamente el recorrido de la memoria rusa tras el fin de la URSS.

## La especificidad de la memoria rusa

La cuestión de la memoria (y el olvido) en la Rusia postsoviética debe ser ubicada en el contexto más general de las transforma-

ciones de la memoria pública que se produjeron en los países ex-comunistas con el fin de los sistemas políticos de tipo soviético.<sup>6</sup> Si se amplía el marco de observación se destaca mejor la especificidad del caso ruso, que varía claramente de los demás, más allá de algunos puntos en común. En tiempos del "socialismo real", existía en todos los países una memoria oficial, forjada por el partido en el poder. Ésta ocupaba todo el espacio público y presentaba una interpretación del pasado conforme a la ideología y a las exigencias políticas del partido dominante. Aunque fuera cambiando en función de las coyunturas políticas,<sup>7</sup> era la única autorizada: las demás memorias colectivas estaban excluidas del espacio público, reducidas al silencio o confinadas a la esfera familiar. Con el convencimiento de poseer la verdad histórica, el partido comunista se adjudicaba el monopolio de la memoria y ejercía un control estrecho sobre la escritura de la historia, que estaba al servicio de la legitimación del poder. El fin de los sistemas políticos comunistas, primero en Europa central y luego en la propia URSS, condujo a que se acabara el monopolio comunista de la memoria. Al tiempo que la memoria comunista oficial declinaba a gran velocidad, otras memorias, antes condenadas al silencio, iban reapareciendo y ocupando el espacio público. Con la dislocación del imperio soviético, resultaba imposible la existencia de una memoria única: cada república ex-soviética, independizada por primera vez o habiendo recuperado su independencia, comenzó a elaborar su propia lectura del pasado y a construir su propia memoria, esta vez en un marco estrictamente nacional y sin directivas impuestas desde afuera. En otras partes, el pasado comunista fue revisado y reinterpretado a la luz de la nueva situación, y ningún partido ni cualquier otra institución podía imponer una interpretación única o excluir a otras. Así fue como se dio en estos países, un verdadero estallido de memorias múltiples compitiendo entre sí y aspirando a ser oídas y reconocidas dentro del espacio público.<sup>8</sup> Los temas considerados tabú en la época comunista como el pacto germano-soviético de 1939 y sus cláusulas secretas, la masacre de oficiales polacos perpetuada por el NKVD en Katyn, las deportaciones de pueblos enteros ordenada por Stalin, el destino trágico de los comunistas extranjeros, víctimas de las purgas estalinistas en la URSS, etc., pudieron por primera vez ser discutidos abiertamente. A partir de los años '90, cada uno de estos países desarrolló políticas de memoria creando museos de historia reciente, instituyendo nuevas conmemoraciones, etc. que expresaban interpretaciones del pasado diametralmente opuestas a las que habían prevalecido en la era soviética. Ahora bien, saldar cuentas con el pasado resultó ser más complejo en Rusia que en los demás países ex-comunistas debido, principalmente, a las posiciones diferentes que ocupaban éstos últimos en el universo comunista. La URSS no era un país como los demás, sino un imperio cuyo centro estaba en Rusia. En su interior, varios

<sup>3</sup> Memorial es una asociación y un movimiento de defensa de los derechos humanos creados en 1988-1989, con el objetivo inicial de elevar un monumento (de allí su nombre) en homenaje a las víctimas de la represión durante la época soviética. Sobre su historia, ver Nancy Adler, *Victims of Soviet Terror: the Story of the Memorial Movement*, Praeger, Westport (Conn.), 1993; Kathleen E. Smith, *Remembering Stalin's Victims: Popular Memory and the End of the USSR*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1996; Maria Ferretti, *La memoria mutilada*, op. cit.

<sup>4</sup> Cfr. Orlando Figes, *Les Chuchoteurs. Vivre et survivre sous Staline*, Paris, Denoël, 2009 (ed. orig. *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*, Metropolitan Books/Henry Holt & Company, 2007).

<sup>5</sup> Sobre este tema y, más en general, sobre las vicisitudes de la memoria de la Segunda Guerra Mundial en Rusia, véase Maria Ferretti, "La memoria spezzata. La Russia e la guerra", *Italia contemporanea*, n° 245, diciembre 2006, pp. 525-565. Ver también Lev Gudkov, "The fetters of victory. How the war provides Russia with its identity", *Eurozine*, 3 de mayo de 2005, <http://www.eurozine.com/articles/2005-05-03-gudkov-en.html>; Irina Scherbakowa, *Zerrissene Erinnerung. Der Umgang mit Stalinismus und Zweitem Weltkrieg im heutigen Russland*, Wallstein Verlag, Göttingen, 2010.

<sup>6</sup> Ver Bruno Groppo "Politiche della memoria e politiche dell'oblio in Europa centrale e orientale dopo la fine dei sistemi politici comunisti", en Filippo Focardi y Bruno Groppo (dirs.), *L'Europa e le sue memorie*, Roma, Viella, 2013, pp. 215-243.

<sup>7</sup> Dentro del humor soviético, se decía que en la URSS, el pasado era imprevisible porque cambiaba continuamente...

<sup>8</sup> Alain Brossat, Sonia Combe, Jean-Yves Potel, Jean-Charles Szurek, (dirs.), *A l'Est, la mémoire retrouvée*, Paris, La Découverte, 1990.

países (como los bálticos, Georgia o las repúblicas de Asia Central) habían sido anexados directamente por la fuerza, contra su voluntad, mientras que los de Europa central y oriental fueron incluidos posteriormente en su esfera de influencia tras la Segunda Guerra Mundial. Dentro de todo este espacio, Rusia detentaba y ejercía el poder, en lo esencial. La mayoría de los países recibieron como una liberación el fin del comunismo y de la URSS, a la que consideraban un sistema de dominación extranjera, cuasi colonial. Cuando consiguieron o recuperaron su independencia, favorecieron una memoria profundamente negativa del periodo soviético, atribuyendo a la URSS (y concretamente a Rusia), la responsabilidad de todas sus desgracias. Una actitud semejante ya se había manifestado en Europa central y oriental, tras la caída de los regímenes comunistas, sucedida dos años antes que en la URSS. Considerándose víctimas, todos esos países implementaron políticas de la memoria focalizadas en la opresión padecida y en las resistencias a la dominación soviética. Los museos de historia reciente, creados a partir de los años '90, presentan, desde este punto de vista, relatos bastantes similares. Por su parte, la Rusia postcomunista, se encuentra en una situación muy distinta. Al haber sido el núcleo originario del sistema soviético y de la URSS, le resulta imposible atribuir a un actor externo la responsabilidad de sus desgracias. Si bien con la desaparición de la URSS y el fin del sistema soviético se liberó de un sistema opresivo del que ella también podía considerarse víctima, en ese mismo proceso perdió la posición hegemónica que ocupaba dentro de aquel imperio. Desde la mirada de los rusos, la época soviética había estado marcada por terribles represiones, pero también por grandes logros y por una expansión sin precedentes del poderío ruso. De este modo, en Rusia, la memoria de aquellos tiempos difiere inevitablemente de la que predomina en los demás países ex soviéticos. Así, al sentimiento de liberación se sumaban sentimientos de pérdida, frustración, melancolía y añoranza. Frente a las dificultades económicas de la transición hacia el postcomunismo, exacerbadas por la brutal política de privatizaciones implementada por Yeltsin, muchos rusos comenzaron a tener una cierta nostalgia por la URSS, especialmente por la era Breznev que, retrospectivamente, aparecía como una época de estabilidad y relativa prosperidad.<sup>9</sup>

## La memoria del estalinismo

Con el fin de la Unión Soviética, Rusia tuvo que reinventarse por completo y redefinir su identidad desde nuevas bases, al haberse desmoronado profundamente las de la época soviética. Habían dejado de existir las referencias a las que los rusos habían recurrido durante décadas para orientarse: era necesario buscar otras para reconstruir una identidad colectiva en crisis, y enfrentar un futuro incierto. Para ello tenían que mirar hacia el pasado, tanto reciente como lejano, encontrarle un sentido y determinar aque-

llo que, dentro del desastre general, podía recuperarse y utilizarse en pos de construir una identidad positiva. Esta búsqueda identitaria pasó por distintas etapas, pero siempre se desvió del inmenso obstáculo que implicaba la memoria del estalinismo y la cuestión de las responsabilidades. En efecto, aquello que, en Rusia, resulta más problemático es la época del Gran Terror de los años treinta: en una palabra, la historia del estalinismo. Aquel pasado, que ahora resulta lejano, sigue pesando sobre la conciencia colectiva y acechando el presente de la sociedad rusa. Pocos países han vivido, en el siglo XX, una historia tan traumática como la de Rusia, donde las víctimas de las represiones políticas se cuentan por millones, y en la que todas las familias han sufrido la violencia estatal. El nazismo, con el que siempre se ha comparado al estalinismo, también causó millones de víctimas pero se trató, en su gran mayoría, de víctimas no alemanas. En el caso del estalinismo, sus víctimas se cuentan dentro de la población rusa o soviética y, peor aún, fueron perseguidas en tiempos de paz. A esto se suma el hecho de que las represiones estalinistas hicieron participar de manera forzada a una gran cantidad de personas, en todos los niveles del aparato terrorista. De este modo, los rusos fueron a la vez víctimas y verdugos, a tal punto que resulta imposible trazar una línea divisoria entre unos y otros, más aún cuando los mismos organizadores y agentes fueron en muchos casos también liquidados (situación que no ocurrió, salvo contadas excepciones, con el nazismo).<sup>10</sup> Estas circunstancias vuelven especialmente difícil toda confrontación con el pasado. Asimismo, hay que tener en cuenta que mientras que el nazismo duró sólo doce años (1933 a 1945), en Rusia, en cambio, varias generaciones conocieron ese sistema represivo que dejó como herencia un miedo profundamente arraigado en la conciencia colectiva (y sobre todo en el inconsciente colectivo). Las violencias masivas que causaron tantas víctimas entre los ciudadanos rusos, fueron organizadas, planificadas e implementadas por el Estado soviético, pero éste no reconoció jamás oficialmente su responsabilidad ni pidió perdón por su accionar, y ninguno de los responsables fue llevado ante los tribunales de justicia. En Rusia, ningún monumento ha sido levantado por iniciativa del estado federal para conmemorar a las víctimas o recordar ese pasado de violencia: todos los monumentos existentes fueron erigidos por la sociedad civil y, en algunos casos, recibieron el apoyo de autoridades locales pero sin la participación del estado federal, que permaneció absolutamente ausente al respecto. Ninguna comisión oficial, del tipo de las comisiones de verdad creadas en América Latina al terminar las dictaduras, fue instituida en Rusia para investigar las violaciones a los derechos humanos durante la época soviética. A diferencia de lo que sucedió en varios países tras la caída del comunismo, en Rusia la policía política, el principal instrumento represivo y de terror con sus distintos nombres (Tcheka, GPOU, OGPU, NKVD, KGB) no fue disuelta al caer el sistema soviético, sino que cambió simplemente de nombre y

<sup>9</sup> Ver Maria Ferretti, "Nostalgia for Communism in Post-Soviet Russia", Workshop "The Legacy and Memory of Communism in Europe", Paris, EURHISTXX, 17 de diciembre de 2007, <http://www.eurhistxx.de/spip.php%3Farticle39&lang=en.html>.

<sup>10</sup> El historiador Arseni Roginski, uno de los principales representantes de Memorial, ha insistido especialmente sobre este aspecto, y también sobre el hecho de que en Rusia, pareciera haber sólo víctimas pero nunca responsables. Ver Arseni Roginski, "Fragmented Memory. Stalin and Stalinism in Present-Day Russia", Eurozine, 2 de marzo 2009, [http://www.eurozine.com/articles/article\\_2009-03-02-roginski-en.html](http://www.eurozine.com/articles/article_2009-03-02-roginski-en.html).

mantuvo, en lo esencial, a la mayoría del personal: de sus filas, incluso, surgieron el actual presidente y, por su iniciativa, gran parte de quienes ocupan hoy las principales posiciones de poder en la administración pública, la economía y la política. Esa continuidad también prevaleció dentro del sistema judicial, otro engranaje decisivo de la represión. La institución judicial no fue depurada, ni expresó ningún *mea culpa* y sigue estando, aun hoy, estrictamente subordinada al poder. Como se ve, en Rusia no existió ninguna ruptura radical con el pasado, como la que se produjo en Alemania después de 1945.<sup>11</sup> Un hecho significativo, en la Rusia actual, es que todas las encuestas de opinión revelan que Stalin sigue siendo un personaje popular y sigue teniendo una consideración positiva en una importante porción de la población rusa.<sup>12</sup> Así, el estado de la memoria rusa se caracteriza por profundas contradicciones y ambigüedades. Y el olvido constituye su dimensión fundamental.

### Dos intentos frustrados de saldar cuentas con el pasado

En dos oportunidades, durante la época soviética, la sociedad rusa comenzó a enfrentarse a la memoria del estalinismo, pero en ambos casos ese proceso se quedó a medio camino. La primera se dio por iniciativa de Nikita Krushev, quien denunció los crímenes de Stalin en el XX Congreso del PCUS, en febrero de 1956. La prudente “desestalinización” inaugurada tras ese acontecimiento inesperado se caracterizó por medidas significativas como el desmantelamiento parcial del sistema concentracionario, la liberación de una gran parte de los detenidos en los campos soviéticos, la rehabilitación de una cierta cantidad de personas injustamente condenadas bajo el estalinismo, etc. En medio de este clima de “deshielo”,<sup>13</sup> marcado por una cierta liberación de la palabra, fue posible mencionar públicamente las represiones y el Gulag, como lo prueba la publicación de la novela de Alexandre Soljenitsine (él mismo detenido en el Gulag) *Un día en la vida de Iván Denisovich*, que narra la vida de un detenido en un campo soviético. Sin embargo, ese “deshielo” quedó interrumpido en 1964 con la salida de Krushev y su reemplazo, a la cabeza del poder y del Estado, por un triunvirato cuyo personaje central fue Leonid Brezhnev, el principal dirigente de la URSS de 1964 a 1982. A lo largo de esa nueva y extensa “glaciación” política, ya no hubo intenciones de evocar el pasado estalinista: por el contrario, varios aspectos de ese pasado, y también de la figura del dictador, en especial su rol de jefe militar durante la guerra contra la Alemania nazi, fueron rehabilitados oficialmente.

<sup>11</sup> El sociólogo Lev Gudkov considera que existen “fatales continuidades” entre el totalitarismo soviético y el de Putin. Observa que, si bien el monopolio del poder del PCUS y la planificación centralizada de la economía han desaparecido, los pilares del sistema de dominación soviético —servicios de seguridad, ejército y sistema judicial— se han mantenido sin cambios. Cfr. Lev Gudkov, “Fatale Kontinuitäten. Vom sowjetischen Totalitarismus zu Putins Autoritarismus”, *Eurozine*, 7 de febrero de 2013, <http://www.eurozine.com/articles/2013-07-02-gudkov-de.html>.

<sup>12</sup> Ver Thomas De Waal, Maria Lipman, Lev Gudkov, Lasha Bakrache, *The Stalin Puzzle: Deciphering Post-Soviet Public Opinion*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, Report, 1 de marzo de 2013, [http://carnegieendowment.org/files/stalin\\_puzzle.pdf](http://carnegieendowment.org/files/stalin_puzzle.pdf).

<sup>13</sup> Para retomar la novela homónima de Ilia Ehrenburg, publicada en 1954.

La segunda confrontación con el pasado estalinista tuvo lugar en la segunda mitad de los años '80 gracias a la política de la “*glasnost*” (transparencia) inaugurada por Mijaíl Gorbachov, en el marco de su intento de reforma del sistema soviético. En esa oportunidad, todas las capas de la sociedad rusa aportaron sus testimonios y contribuciones a un debate que permitió evaluar la profundidad de las heridas que habían dejado las violencias masivas perpetuadas por el estalinismo. No sólo Stalin, sino también el leninismo, Lenin y la propia revolución de Octubre fueron duramente criticados. Ningún aspecto del pasado soviético quedó fuera del debate, y en su transcurso, las memorias dolorosas, reprimidas durante tantos años, comenzaron a expresarse públicamente por primera vez: así quedó configurado un cuadro extremadamente sombrío de toda la experiencia soviética. Ese ejercicio colectivo de rememoración, que llegó a compararse con un “psicoanálisis salvaje colectivo”,<sup>14</sup> se detuvo a principios de los '90. Fue como si la sociedad rusa, al haberse confrontado a un pasado demasiado denso para sobrellevar, hubiera optado por desviar su mirada para no caer en la desesperanza. En ese mismo contexto, el desorden de una transición caótica, la profundización de las penurias, las dificultades crecientes de la vida cotidiana y el empobrecimiento general la obligaron a concentrar sus energías en la lucha por la supervivencia diaria: la prioridad no estaba en saldar cuentas con el pasado, pues había que luchar contra las dificultades del presente. Desde comienzos de los '90, la memoria del estalinismo dejó de ocupar el centro del debate público en Rusia.

### Las políticas de memoria del Kremlin con el fin de la URSS

Con el fin de la URSS, el poder de Yeltsin, preocupado por reconstruir una identidad nacional rusa tan desmoronada y desamparada, recurrió mucho a la historia por su propia iniciativa: no a la historia soviética pero sí a la época pre-revolucionaria, que fue presentada como la época de oro del crecimiento económico y la prosperidad.<sup>15</sup> Según esta nueva lectura del pasado, la revolución de octubre habría “desviado” la historia de Rusia de su curso “natural”, al interrumpir el proceso de su desarrollo económico y social que sin embargo, la venía acercando cada vez más a los países europeos más avanzados. El período soviético aparecía así como un paréntesis completamente negativo que era necesario cerrar definitivamente y olvidar. Así, el fin de la URSS y del sistema soviético permitían retomar finalmente el camino interrumpido en 1917, y recuperar el terreno perdido. De este modo, la herencia soviética se rechazaba por completo. Rusia era presentada como una víctima del bolchevismo y del sistema soviético y, en tanto tal, no necesitaba interrogarse sobre sus propias responsabilidades. Distintas medidas simbólicas tomadas por el gobierno yeltsiniano

<sup>14</sup> Cfr. Alain Brossat, *Le stalinisme entre histoire et mémoire*, Paris, Editions de l'Aube, 1991.

<sup>15</sup> Ver Kathleen E. Smith, *Mythmaking in the New Russia: Politics and Memory during the Yeltsin Era*, Ithaca and London, Cornell University Press, 2002.

<sup>16</sup> Ver el texto de esta ley (en ruso) en <http://www.memo.ru/rehabilitate/laws/index.htm>. Una ley análoga “de rehabilitación de las víctimas de las represiones políticas en Ucrania” había sido sancionada por el Parlamento ucraniano el 17 de abril de 1991.

tendieron a reanudar lazos con el pasado prerrevolucionario. Cabe mencionar, por ejemplo, el reemplazo de la bandera soviética por la rusa, tricolor, de la época de los zares; el restablecimiento de vínculos estrechos con la Iglesia Ortodoxa, con el propósito de usar la religión como fundamento de la identidad rusa y como guía moral; el cambio del himno soviético por una obra musical de un compositor ruso del siglo XIX, Mijaíl Glinka. Por otra parte, el gobierno yelsiniano no impulsó ninguna iniciativa de memoria por las víctimas de las represiones stalinistas. El único acontecimiento significativo fue, en 1992, un intento frustrado de juicio contra el PCUS que, de haberse concretado, podría haber reabierto el debate sobre el pasado soviético. En cuanto a la rehabilitación de las víctimas y el restablecimiento de sus derechos, resulta interesante destacar que las dos principales iniciativas en este sentido, además de la que tuvo lugar en el período de Krushev, surgieron durante los últimos años de la URSS. La primera fue el decreto “sobre el restablecimiento de los derechos de todas las víctimas de la represión política de los años ‘20-‘50”, firmado por Mijaíl Gorbachov el 13 de agosto de 1990 en su carácter de presidente (el primero y el último) de la URSS. La segunda fue la ley “de rehabilitación de las víctimas de represiones políticas”,<sup>16</sup> sancionada el 18 de octubre de 1991, impulsada principalmente por la Asociación Memorial. La ley de 1991 reconoce la participación del Estado soviético en las violencias masivas perpetradas entre los años ‘20 y ‘50, pero, tal como ha señalado Elisabeth Anstett, “el reconocimiento de la responsabilidad estatal en ese texto legislativo no contribuyó, sin embargo, a establecer responsabilidades individuales. No se abrió ninguna causa contra los creadores y los administradores del sistema concentracionario soviético, ni siquiera a nivel local. Nunca se desarrollaron juicios, ni se intentó instaurar una justicia de transición. No se creó tampoco ninguna comisión investigadora para informar sobre las varias décadas de violencias políticas institucionalizadas, ni para establecer responsabilidades individuales o colectivas ni, por último, para iniciar un proceso de anamnesis”.<sup>17</sup>

El mito de una edad de oro anterior a la Revolución, que tuvo cierto eco entre la población a comienzos de los años ‘90, fue resultando, sin embargo, demasiado abstracto y lejano como para convencer realmente y llegar a renovar las bases de la identidad colectiva. Así, se fue evaporando a medida que crecían el desencanto y la insatisfacción de la sociedad rusa frente a la brutal política económica implementada por Yelsin. Una parte de la población, empobrecida con el pasaje a una economía de mercado que se suponía le aportaría mayor prosperidad, comenzó a sentir nostalgia por la desaparecida Unión Soviética.

La llegada de Vladimir Putin a la presidencia trajo importantes cambios en los usos políticos del pasado por parte del poder ruso.<sup>18</sup> Al igual que su predecesor, se planteó el objetivo de construir, o mejor,

reconstruir una identidad nacional fuerte, para sobrellevar la crisis identitaria causada por el fin de la URSS. La diferencia estuvo en los aspectos del pasado a los que apeló el nuevo gobierno. Putin recuperó y rehabilitó varios elementos de la era soviética que antes habían sido condenados en bloque. Como ya lo había hecho Yelsin, la nueva ideología que ahora se proponía descartó cualquier referencia al comunismo y al anticapitalismo. Su contenido principal estuvo dado por un nacionalismo centrado en la idea de una Gran Rusia, de su pasado glorioso y de un futuro en el que sería capaz de recuperar su poder e influencia en el plano internacional. En dicho nacionalismo, se cruzaban elementos heredados de la época de los zares y de la tradición eslavófila, con otros de la época soviética. A su vez, Occidente se presentaba nuevamente como un adversario frente al cual Rusia debía defenderse. La intervención personal de Putin en esta reorientación de la política de la memoria ha sido y sigue siendo fundamental. Convencido de que “el derrumbe de la Unión Soviética significó la mayor catástrofe geopolítica del siglo [XX]”,<sup>19</sup> el presidente ruso se propuso recuperar los elementos significativos de la herencia soviética (al tiempo que siguió recuperando la historia prerrevolucionaria). Una de las medidas simbólicas orientadas a ese fin fue el restablecimiento, en diciembre de 2000, del himno soviético (con la letra modificada) como himno nacional de la Federación Rusa, en reemplazo de la “Canción patriótica” de Glinka que estaba vigente desde 1990.<sup>20</sup> Pero sobre todo, el gobierno putiano ha desarrollado, y busca imponer por distintos medios, una nueva lectura de la historia soviética que hace hincapié en ciertos aspectos susceptibles de ser el fundamento de una identidad nacional positiva, tales como la modernización económica, la victoria sobre la Alemania nazi o el estatuto de superpotencia alcanzado después de 1945. La referencia a la victoria durante la Segunda Guerra Mundial ha cobrado una enorme importancia. En mayo de 2005, la conmemoración del 60° aniversario de dicho acontecimiento fue objeto de festejos extraordinarios, en los que se destacaron el papel determinante de Rusia en el desenlace del conflicto, y su estatuto de superpotencia. La ocasión fue también un modo de recordarle a los países bálticos, a Ucrania y a los países de Europa central y oriental, que su liberación de la ocupación nazi había sido obra de los ejércitos soviéticos y, por ende, de Rusia.<sup>21</sup> El historiador ruso Nikolai Koposov observa que:

<sup>19</sup> Vladimir Putin, discurso del 25 de abril de 2005 ante la Asamblea Federal de la Federación de Rusia, disponible en la página del Kremlin: [http://archive.kremlin.ru/appears/2005/04/25/1223\\_type63372type63374type82634\\_87049.shtml](http://archive.kremlin.ru/appears/2005/04/25/1223_type63372type63374type82634_87049.shtml). Este juicio, que contrasta con aquellos expresados por las autoridades de las demás repúblicas ex soviéticas, ilustra claramente la singularidad de la situación rusa en el panorama general del postcomunismo.

<sup>20</sup> El nuevo texto del himno fue escrito por el mismo autor, Serguei Mikhalkov, quien ya había escrito la letra del himno soviético de 1944, y que luego la había readaptado, en 1977, para eliminar la referencia a Stalin. Debido a esa referencia, que generaba cierta incomodidad, entre 1961 y 1977 el himno se tocaba sin la letra. Pueden verse las tres versiones del himno en <http://www.kadouchka.com/russie/Hymne.htm> (consultado el 18 de julio de 2014).

<sup>21</sup> En todos estos países, la memoria de la guerra ha sido muy diferente. Todos insisten en que pese a que la URSS los libró del nazismo, fue para imponer su propia dominación. Estas perspectivas distintas acerca de la Segunda Guerra Mundial siguen alimentando tensiones y conflictos de memoria entre Rusia y los países vecinos. Cfr. Tatiana Zhurzhenko, “Geopolitics of memory”, *Eurozine*, 10 de mayo de 2007, <http://www.eurozine.com/articles/2007-05-10-zhurzhenko-en.html>

<sup>17</sup> Elisabeth Anstett, “Mémoire des répressions politiques en Russie postsoviétique: Le cas du Goulag”, *Online Encyclopedia of Mass Violence*, [online], 17 de julio de 2011, consultado el 18 de julio de 2014, URL: <http://www.massviolence.org/Memoire-des-repressions-politiques-en-Russie-postsovietique>, p. 2.

<sup>18</sup> La presidencia de Dmitri Medvedev (2008-2012) no introdujo ningún cambio sustancial en las orientaciones definidas por Putin (quien entonces ocupaba el cargo de primer ministro).

Desde hace algunos años, la Gran Guerra patriótica (...) se ha convertido en un verdadero mito de origen para la Rusia post-soviética. Según una encuesta reciente, el 87 % de los rusos coinciden en afirmar que la victoria de la URSS sobre la Alemania nazi significó el mayor acontecimiento de la historia del siglo XX. Por más que la historiografía reciente haya venido presentando un panorama de la guerra infinitamente más contrastado que la imagen heroica convencional, este mito, sostenido por la propaganda estatal, no ha dejado de satisfacer a la opinión rusa. En la actualidad, al igual que bajo el régimen soviético, la memoria de la guerra, traumática y gloriosa a la vez, sirve para eclipsar otra memoria, la del terror estalinista, y para convencer a los rusos acerca del rol positivo del Estado en la historia nacional.<sup>22</sup>

La importancia otorgada a la memoria de la Segunda Guerra Mundial condujo a una revalorización de la figura de Stalin como jefe militar, tal como ya había sucedido durante la época de Breshnev. Así, se atribuyó en gran parte a Stalin el mérito de la victoria sobre la Alemania nazi. No sucedió lo mismo, en cambio, con las responsabilidades del dictador sobre los desastres de la primera fase de la guerra, en tanto no se mencionan el modo en que debilitó al Ejército Rojo durante el Gran Terror, eliminando a más de un tercio de los cuadros militares, ni el hecho de haber desestimado las múltiples señales que anunciaban la inminente invasión alemana. Otro aspecto importante, en esta visión de la historia rusa que busca imponer Putin, es el de la modernización rusa: se atribuye también a Stalin el mérito de haber modernizado la economía del país y haber convertido a la URSS en una gran potencia, al salir de la guerra. Según este punto de vista, los crímenes y represiones masivas de la época estalinista no se niegan pero se relativizan y presentan como el precio que fue necesario pagar para que pudiera alcanzarse la transformación de la economía y de la sociedad.

El gobierno de Putin intervino de múltiples maneras para promover su visión "acertada" y "no falseada" de la historia soviética, retomando así las prácticas de la era soviética durante la cual el partido comunista ejercía un estrecho control sobre la escritura y la enseñanza de la historia, e imponía su propia visión del pasado. Entre las numerosas iniciativas en ese ámbito, puede mencionarse, por ejemplo, el proyecto de ley de memoria destinada a sancionar "cualquier violación de la memoria histórica de los acontecimientos sucedidos durante la Segunda Guerra Mundial".<sup>23</sup> Otra iniciativa relevante fue la creación, en 2009, de una Comisión presidencial destinada a evaluar la "falsificación de la historia contraria a los intereses de Rusia". Los manuales de historia escolares fueron otro vector de intervención por parte del gobierno de Putin. En los años noventa, se habían publicado en Rusia una gran canti-

dad de manuales de historia, editados en el país y cuya elección estaba a cargo de los docentes. El poder de Yeltsin no tenía aún una visión bien estructurada respecto del pasado soviético y sus intervenciones en materia de memoria e historia eran en su mayor parte improvisadas. Yeltsin tuvo el mérito, sin embargo, de abrir a los investigadores y al público muchos archivos que hasta entonces permanecían rigurosamente cerrados o sólo accesibles a un número muy restringido de investigadores políticamente confiables. Esa decisión dio un gran impulso a la investigación histórica: por primera vez, fue posible estudiar la historia soviética a partir de fuentes y documentos originales que hasta entonces eran mantenidos en secreto. Con la llegada de Putin, uno de los objetivos del nuevo gobierno apuntó a controlar las interpretaciones de la historia y sobre todo, a imponer en las instituciones escolares una concepción única de la enseñanza de esa disciplina. Por eso promovió activamente la elaboración de manuales de historia que proponían esa visión única. Uno de los más representativos fue aquel dirigido por Alexandre Filippov y Alexandre Danilov, dos historiadores que formaban parte del equipo al que el Kremlin encargó el diseño de nuevos criterios en materia de educación.<sup>24</sup> Los dos volúmenes de dicho manual, publicados en 2008, abarcan el período 1900-1945 y 1945-2008, respectivamente.<sup>25</sup> Fueron precedidos por un **Manual del docente**, publicado en 2007 y reeditado desde entonces, que explica detalladamente cómo abordar los distintos aspectos de la historia soviética.<sup>26</sup>

En la primera edición —observa Dina Khapaeva—, Stalin era calificado como un 'administrador eficaz' y el Gulag aparecía como un 'medio para la modernización de Rusia' pero luego de numerosas reacciones, la segunda edición no retomó esa valoración de Stalin. Dicho manual, difundido a través de cientos de miles de ejemplares y recomendado a las escuelas, otorgaba a Stalin un rol decisivo, en tanto estrategia exitoso, en la historia gloriosa de la URSS y de Rusia, de 1945 a 2007.<sup>27</sup>

El terror desatado por ese "dirigente racional" había sido, según los autores del manual, ante todo "un instrumento práctico de resolución de las tareas económicas".

Sin embargo, el manual de Filippov y Danilov no logró satisfacer por completo las exigencias de Putin quien, luego de su reelección en 2012, encomendó al Ministerio de Educación y Cultura que elaborara indicaciones ("estándares") para un nuevo manual

<sup>22</sup> Nikolai Kopusov, "Le débat russe sur les lois mémorielles", *Le Débat*, n° 158, 2010, p. 51. Ver también, del mismo autor, *Memoria con un régimen severo. Historia y política en la Rusia contemporánea*, Moscú, NLO, 2011 (en ruso).

<sup>23</sup> El proyecto de ley fue presentado en la Duma (el parlamento ruso) en mayo de 2009, por el partido Rusia Unida. Un petitorio en contra del proyecto, organizado por Nikolai Kopusov, llegó a juntar las firmas de más de 250 historiadores e intelectuales (<http://www.polit.ru/article/2010/04/26/kopusov/>).

<sup>24</sup> Marie Jégo, "Staline? Un dirigeant 'rationnel'?", *Le Monde*, 26 de octubre de 2009.

<sup>25</sup> Alexandre Filippov, Alexandre Danilov (dirs.), *Histoire de la Russie, 1900-1945*, 11 classe: manual escolar para los establecimientos de enseñanza general, Moscú, Prosvechenie, 2008; *Histoire de la Russie, 1945-2008*, Moscú, Prosvechenie, 2008.

<sup>26</sup> Alexandre Filippov et al., *Histoire de la Russie, 1945-2008: le livre de l'enseignant*, Moscú, Prosveshchenie, 2007. Marie Jégo observa que este manual "presenta un condensado del nuevo pensamiento oficial" (*op. cit.*).

<sup>27</sup> Dina Khapaeva, *Portrait critique de la Russie*, Paris, Editions de l'Aube, 2012, p. 11. Sobre los contenidos de estos manuales, ver Korine Amacher, "Les historiens de la Russie et le passé stalinien", *Le Temps*, 22/12/2008, <http://cvuh.blogspot.com/2009/01/les-historiens-de-la-russie-face-au.html>; ver también Elena Morenkova, "Les usages du passé soviétique dans la construction de la nouvelle identité nationale russe", *La Revue Russe*, n° 36, 2011, pp. 87-98.

de historia. El equipo de trabajo formado por académicos, historiadores y sobre todo políticos encargado de esa tarea presentó en octubre de 2013 un informe de 80 páginas que debía servir de base para la futura edición de un manual único destinado a la enseñanza secundaria, y que debería estar listo para el año lectivo 2015-2016. El último acontecimiento que abordará este manual será el de la reelección de Putin a la presidencia, en 2012. Los temas difíciles para la historia rusa, en torno a los cuales no existe consenso, serán tratados en una categoría aparte. Con respecto a las víctimas del estalinismo, se las mencionará pero no se aportará ninguna cifra. De este modo, se tratará de que este manual presente una visión "objetiva" oficial de la historia rusa, consolide el patriotismo de las jóvenes generaciones, y reafirme la idea de que el poder estatal es legítimo por esencia.<sup>28</sup> Al replantear el debate en torno a un manual de historia único, Putin no sólo reanuda lazos con una práctica soviética inaugurada en los años treinta, sino también con otra práctica de aquella época, la de impulsar una reescritura de la historia cada vez que cambian los ocupantes del Kremlin. De este modo, sigue vigente la vieja broma soviética según la cual el pasado soviético (en este caso, el pasado ruso) resulta imprevisible.<sup>29</sup>

## Monumentos y otros lugares de memoria

La inexistencia de monumentos oficiales en memoria de las víctimas del estalinismo demuestra hasta qué punto el estado ruso ha evitado cuidadosamente hasta hoy, enfrentarse a este problema. El gobierno de Putin no se limitó a adoptar una actitud pasiva sino que, en los últimos años, buscó obstaculizar mediante distintas intervenciones administrativas y judiciales la actividad de la asociación Memorial de defensa de la memoria de las víctimas de las represiones soviéticas.<sup>30</sup> A esa ausencia de monumentos oficiales dedicados a la memoria de las víctimas, se agrega la despreocupación completa del estado ruso por preservar como lugares de memoria al menos algunos de los campos que formaban parte del sistema concentracionario soviético. El único que se preservó parcialmente es el de Perm-36, ubicado a unos

cien kilómetros al noreste de la ciudad de Perm, pero lo fue por iniciativa de la asociación Memorial, que hizo allí un museo.<sup>31</sup> Es como si en Alemania el Estado y las regiones no hubiesen conservado ninguna huella de los campos de concentración nazis; ¿de qué otro modo podría interpretarse tal acción, sino como una voluntad de ocultar y dejar en el olvido esa parte de la historia alemana? En Rusia, la amnesia por parte del Estado se suma a la de gran parte de la sociedad que prefiere no hablar más del estalinismo y sus víctimas. Según la historiadora rusa Dina Khapaeva, "la sociedad rusa padece una terrible enfermedad: la amnesia parcial, un borramiento de la memoria, que se ha vuelto caprichosa y selectiva".<sup>32</sup> Y agrega que: "La amnesia actual y su corolario, la falta de condena y la impunidad de los crímenes cuyos autores y víctimas se cuentan por millones, permiten saldar cómodamente las cuentas con el pasado. De allí que la lección de la historia soviético-rusa no sea otra que la siguiente: basta que los dirigentes políticos ignoren los crímenes del pasado, y que los individuos no abran la boca, para que este 'acuerdo' deje en la nada, ante el Estado y el conjunto de la sociedad, la cuestión de su pasado caníbal".<sup>33</sup> Luego del intenso debate que tuvo lugar durante los años de la Perestroika, la sociedad rusa parece haber renunciado, por el momento, a saldar cuentas con ese pasado y a preguntarse sobre las responsabilidades. Prefiere, en su gran mayoría, refugiarse en la amnesia y en el mito nacionalista de la Gran Rusia que se le propone a diario desde el poder. Sin embargo, es poco probable que esta situación se prolongue de manera indefinida, porque ese pasado sigue estando presente, y reaparece diariamente ante los ojos de quienes quieren olvidarlo. Mientras se lo creía enterrado definitivamente, éste reaparece cada tanto, cuando se descubren inmensas fosas comunes en los lugares de ejecución donde, en tiempos del Gran Terror, los agentes del NKVD fusilaban a decenas de miles de personas, como es el caso de Butovo,<sup>34</sup> en las afueras de Moscú, o de Levashovo, cerca de San Petersburgo,<sup>35</sup> y también en otras ciudades. Cada uno de estos descubrimientos vuelve a poner en primer plano la cuestión de las responsabilidades, del Estado terrorista y de la impunidad de la que gozaron los autores de esos crímenes. Paradójicamente, sin embargo, su principal responsable, Stalin, sigue siendo una figura popular para una porción importante de la población rusa. Resulta llamativo que en un país como Rusia, donde las víctimas de la violencia estatal han sido tan numerosas, su memoria, lejos de predominar, esté relegada a un segundo plano, mientras que

<sup>28</sup> Así lo sostiene Andrei Zubov, un profesor de historia del MGIMO de Moscú que fue inmediatamente excluido de la enseñanza después de haber publicado un artículo en el que comparaba la anexión de Crimea con la *Anschluss* de Austria a la Alemania nazi en 1938 (E. Grynszpan, *op. cit.*).

<sup>29</sup> Antoine Pluche, "La Russie édite un manuel d'histoire unique", *Russie info*, 28/11/2013, <http://www.russieinfo.com/la-russie-edite-un-manuel-d%E2%80%99histoire-unique>; Pierre Avril, "Moscou révise ses manuels d'histoire", *Le Figaro*, 31/10/2013; Anna Zafesova, "La storia riscritta da Putin riabilita Stalin e Gengis Khan", *La Stampa*, 03/11/2013; Emmanuel Grynszpan, "Andrei Zoubov: 'Poutine crée un manuel d'histoire qui répond aux attentes des Russes'", *Le Temps*, 12/07/2014. Para una puesta al día sobre la problemática de manuales de historia, ver: Korine Amacher, Vladimir Berelowitch, *Histoire et mémoire dans l'espace postsoviétique. Le passé qui encombre*, Paris, L'Harmattan, 2014, pp. 25-32.

<sup>30</sup> Una ley rusa promulgada el 21 de noviembre 2012 dispuso que cualquier asociación que recibiera dinero del extranjero debía registrarse como "organización con funciones de agente extranjero" si participaba en "actividades políticas" ("Desde hace un año, la ley sobre los 'agentes extranjeros' implementada por Vladimir Putin ahoga las libertades", Comunicado de prensa de Amnesty International, 20 de noviembre de 2013). Por haberse negado a cumplir con esta obligación, Memorial fue objeto de numerosas medidas intimidatorias por parte de las autoridades (allanamientos, controles fiscales, secuestro de computadoras, etc..).

<sup>31</sup> Sobre el campo de Perm, ver Alessandra Stanley, "Lest Russians forget, a museum of the Gulag", *New York Times*, 29/10/1997.

<sup>32</sup> Dina Khapaeva, *Portrait critique de la Russie*, Paris, Editions de l'Aube, 2012, p. 73.

<sup>33</sup> Dina Khapaeva, *op. cit.*, p. 88.

<sup>34</sup> François-Xavier Nerard, "The Butovo Shooting Range", *Online Encyclopaedia of Mass Violence*, 27/02/2009, pp. 1-11, [http://www.massviolence.org/fr/Article?id\\_article=277](http://www.massviolence.org/fr/Article?id_article=277); *Idem*, "La mémoire de Boutovo, massacres de masse des années trente en Russie soviétique", en Luc Buchet e Isabelle Seguy (eds.), *Vers une anthropologie des catastrophes: Actes des 9<sup>e</sup> journées d'anthropologie de Valbonne*, Antibes, APDCA, 2008, pp. 143-159; Kathy Rousselet, "Les mémoires de la Grande Terreur: Butovo" en Marie-Claude Maurél y Françoise Mayer (eds.), *L'Europe et ses représentations du passé. Les tourments de la mémoire*, Paris, L'Harmattan, 2008, pp.131-146.

<sup>35</sup> François-Xavier Nerard, "The Levashovo Cemetery and the Great Terror in the Leningrad Region", *Online Encyclopaedia of Mass Violence*, 27/02/2009, pp. 1-9, [http://www.massviolence.org/Article?id\\_article=308](http://www.massviolence.org/Article?id_article=308).



la de sus verdugos ocupe un lugar tan importante. Según la historiadora Dina Khapaeva, “en Rusia, la memoria de los verdugos triunfó sobre la de las víctimas”.<sup>36</sup> Arseni Roginski considera, por su parte, que “la memoria del estalinismo resulta incompleta y está reprimida”.<sup>37</sup>

La amnesia voluntaria se acompaña, en muchos rusos, sobre todos entre los mayores, de un sentimiento de nostalgia por la Unión Soviética, en especial por el período de Breshnev que se percibe retrospectivamente como una época de estabilidad durante la cual la Unión Soviética y, por lo tanto, Rusia eran una fuerza influyente y respetada en el mundo entero. La popularidad, bien real, de Putin, proviene en gran parte de haber sabido responder a esas aspiraciones de estabilidad y a la nostalgia por ese poderío imperial perdido. En ese sentido, su discurso nacionalista encontró un terreno fértil, al prometer la reconstrucción del poder de una Rusia enfrentada a la hostilidad de Occidente y de los países limítrofes: supo reactivar las antiguas obsesiones soviéticas de un supuesto cerco y así, fomentar una movilización permanente de la sociedad para defenderse de las amenazas provenientes de un mundo hostil. Ahora bien, si el discurso nacionalista del Kremlin encuentra un eco positivo dentro de Rusia, suscita una gran preocupación a su alrededor, especialmente en los países con importantes minorías rusas. Las tensiones políticas alimentan los conflictos de memoria que oponen a Rusia con sus países limítrofes.<sup>39</sup>

## Conclusión

Desde la caída de la Unión Soviética, la memoria rusa siguió un camino que no fue lineal, en el curso del cual la visión del pasado soviético tuvo importantes transformaciones. En un primer momento, ese pasado fue rechazado en bloque, como si se hubiese tratado de un paréntesis lamentable en la historia rusa, que era necesario cerrar definitivamente. El gobierno de Yeltsin contrapuso a ese pasado el mito de una edad de oro pre-revolucionaria y de una Rusia zarista en pleno desarrollo económico y social. Así, el curso “natural” de la historia rusa había sido desviado por la revolución bolchevique, pero en el presente podía ser retomado de tal modo que la economía de mercado llevaría nuevamente al país hacia una prosperidad comparable a la de los países occidentales. Durante un breve período, Occidente se convirtió en otro gran mito del momento. Sin embargo, ambos mitos perdieron rápidamente su poder de atracción ante una población desencantada y enfrentada a las peores dificultades, que comenzó a añorar la desaparecida Unión Soviética. Con Putin, la historia soviética fue reintegrada en el marco de un discurso de tipo nacionalista que hizo hincapié en los grandes logros de la época soviética: la industrialización y modernización del país, la victoria durante

la Segunda Guerra Mundial, la expansión territorial y política de la potencia soviética, la exitosa conquista del espacio, etc., y que relativizaba, en cambio, los costos humanos y las represiones masivas. El gobierno de Putin intervino activamente para imponer esa visión de la historia rusa y hasta ahora ha tenido éxito pues la mayoría de la población se ha mostrado sensible a un discurso nacionalista que le restituye una identidad positiva. La memoria del estalinismo sigue estando reprimida, y la de las víctimas no preocupa más que a una minoría: más aún, la figura de Stalin ha recobrado una cierta popularidad. La reciente anexión de Crimea, a espaldas del derecho internacional, reforzó dentro de Rusia el sentimiento nacionalista y la popularidad del presidente. En conclusión, Rusia no ha saldado todavía sus cuentas con las páginas oscuras de su pasado. Tal como lo han señalado numerosos autores, su memoria sigue siendo fragmentaria, incompleta, reprimida y en migajas. Si bien es cierto que la historia soviética no puede reducirse a las violencias masivas desplegadas por el Estado-Partido, resulta evidente que el Gulag, el terror y los millones de víctimas no pueden ser considerados como meros detalles dentro de esa historia. Tarde o temprano, la sociedad rusa deberá volver a interrogarse sobre su pasado, como lo ha hecho, por ejemplo, Alemania respecto de su pasado nazi, luego de un largo período en el que intentó reprimirlo por todos los medios.

[Traducción del francés de Margarita Merbilhaá]

## Referencias bibliográficas

- Adler, Nancy, *Victims of Soviet Terror: the Story of the Memorial Movement*, Westport (Conn.), Praeger, 1993.
- Amacher, Korine y Berelowitch, Wladimir, *Histoire et mémoire dans l'espace postsoviétique. Le passé qui encombre*, Paris, Université de Genève / L'Harmattan, 2014.
- Amacher, Korine, “La mémoire du stalinisme dans la Russie de Poutine: continuité ou rupture?”, *Esprit*, 2010/12, pp. 70-77.
- Anstett, Elisabeth, “Mémoire des répressions politiques en Russie postsoviétique: Le cas du Goulag”, *Online Encyclopedia of Mass Violence*, [online], 17/07/2011.
- Brossat, Alain; Combe, Sonia; Potel, Jean-Yves; Szurek, Jean-Charles, (dirs.), *A l'Est, la mémoire retrouvée*, Paris, La Découverte, 1990.
- Brossat Alain, *Le stalinisme entre histoire et mémoire*, Paris, Editions de l'Aube, 1991.
- De Waal, Thomas; Lipman, Maria; Gudkov, Lev; Bakradze, Lasha, *The Stalin Puzzle: Deciphering Post-Soviet Public Opinion*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, Report, de marzo de 2013.
- Dubin Boris, «Goldene Zeiten des Krieges: Erinnerung als Sehnsucht nach der Breznev-Ära», *Osteuropa*, a. 55, n. 4/5/6, 2005, pp. 219-233.
- Ferretti, Maria, 1993, *La memoria mutilata. La Russia ricorda*, Milan, Corbaccio, 1991.
- Ferretti, Maria, “La mémoire refoulée. La Russie devant son passé stalinien”, *Annales. Histoire, sciences sociales*, 1995, vol. 50, n°6, pp. 1237-1257.

<sup>36</sup> D. Khapaeva, *op. cit.*, p. 92.

<sup>37</sup> Arseni Roginski, “La mémoire du stalinisme est incomplète et refoulée”, *Le Monde*, 06/03/2013; *idem*, “Fragmented Memory”, art. cit.

<sup>38</sup> Sobre este problema, ver Memorial, “National images of the past. The twentieth century and the ‘war of memories’. An appeal by the International Memorial Society”, *Eurozine*, 05/12/2008, <http://www.eurozine.com/articles/2008-12-05-memorial-en.html>



- Focardi, Filippo y Groppo, Bruno (dirs.), *L'Europa e le sue memorie*, Roma, Viella, 2013.
- Greene, Samuel A. (ed.), *Engaging History. The Problems and Politics of Memory in Russia and the Post-Socialist Space*, Carnegie Moscow Center, Working Paper n° 2, 2010.
- Gudkov, Lev, "Fatale Kontinuitäten. Vom sowjetischen Totalitarismus zu Putins Autoritarismus", *Eurozine*, 7/02/2013.
- Gudkov, Lev, "The fetters of victory. How the war provides Russia with its identity", *Eurozine*, 03/05/2005.
- Khapaeva, Dina, *Portrait critique de la Russie*, Paris, Editions de l'Aube, 2012.
- Koposov, Nikolai, "Le débat russe sur les lois mémorielles", *Le Débat*, n° 158, 2010, pp. 50-59.
- Lars, Karl; Polianski Igor, (dirs.), *Geschichtspolitik und Erinnerungskultur im neuen Russland*, Göttingen, V&R Unipress, 2009.
- Laruelle, Marlene, *Le nouveau nationalisme russe*, Paris, L'œuvre, 2010.
- Merridale, Catherine, *Night of Stone: Death and Memory in Russia*, New York, Viking, 2000.
- Miller Alexei, "The Communist Past in Post-Communist Russia", *Transit. Europäische Revue*, 22, Winter 2001-2002, pp. 131-144.
- Morenkova Elena, "Les usages du passé soviétique dans la construction de la nouvelle identité nationale russe", *La Revue Russe*, n° 36, 2011, pp. 87-98.
- Nerard François-Xavier, "La mémoire de Boutovo, massacres de masse des années trente en Russie soviétique", in Buchet, Luc y Seguy, Isabelle (eds.), *Vers une anthropologie des catastrophes*, Antibes, Éditions apdca, 2008, pp. 143-159.
- Roginski Arseni, "Fragmented memory. Stalin and Stalinism in Present-Day Russia", *Eurozine*, 02/03/ 2009.
- Rousselet, Kathy, "Les mémoires de la Grande Terreur: Butovo" en Maurel, Marie-Claude y Mayer, Françoise (eds.), *L'Europe et ses représentations du passé. Les tourments de la mémoire*, Paris, L'Harmattan, 2008, pp.131-146.
- Scherbakowa, Irina, *Zerrissene Erinnerung. Der Umgang mit Stalinismus und Zweitem Weltkrieg im heutigen Russland*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2010.
- Smith, Kathleen E., *Mythmaking in the New Russia: Politics and Memory in the Yeltsin Era*, Ithaca/London, Cornell University Press, 2002.
- Smith Kathleen E., *Remembering Stalin's Victims: Popular Memory and the End of the USSR*, Ithaca/London, Cornell University Press, 1996.
- Zhurzhenko, Tatiana, "Geopolitics of memory", *Eurozine*, 10/05/2007.

### Resumen

La sociedad rusa actual mantiene vínculos difíciles y contradictorios con su pasado, especialmente con el pasado soviético. El fin de la Unión Soviética, que fue recibido como una liberación en la mayoría de los países que habían formado parte de ella, causó una grave crisis de identidad en la población rusa. El recorrido de la memoria rusa desde los años 90, analizado en este artículo, se ha caracterizado por la búsqueda de una nueva identidad nacional. La actual sociedad sigue estando profundamente traumada por la memoria de las violencias masivas y las represiones de la época estalinista, que causaron millones de víctimas, pero aún no ha logrado saldar sus cuentas con el pasado: evitando preguntarse sobre la cuestión de las responsabilidades, optó por refugiarse en la amnesia y reprimir el pasado estalinista hacia los márgenes de la conciencia colectiva. El poder postsoviético usó el pasado para sus propios fines políticos, en particular para tratar de forjar una nueva identidad nacional. En un primer momento, con Boris Yeltsin, el pasado soviético fue rechazado en bloque, como un paréntesis completamente negativo de la historia rusa, y fue sustituido por el mito de la época prerrevolucionaria, presentada como una suerte de edad de oro. Vladimir Putin, en cambio, recuperó y rehabilitó varios aspectos de la historia soviética (la modernización económica, la victoria sobre la Alemania nazi, la expansión del poderío ruso) en el marco de una ideología nacionalista basada en el mito de la Gran Rusia. Estas orientaciones fueron recibidas favorablemente por una gran parte de la población rusa que ha alimentado una cierta nostalgia por la época soviética. La rehabilitación de Stalin como modernizador y como el estratega de la victoria sobre Alemania, constituye un elemento central del discurso nacionalista desplegado por Putin. En cuanto a las víctimas del estalinismo, siguen siendo ignoradas por el poder ruso post-soviético.

### Palabras clave

Memoria rusa; Pasado Soviético; Nacionalismo; Stalin

**Abstract**

Russian society keeps difficult and contradictory ties to its past, especially with to the Soviet past. The end of the Soviet Union, which was received as a liberation in most countries that had been part of it, caused a serious identity crisis in the Russian population. The course of Russian memory from the '90, discussed in this article, has been characterized by the search for a new national identity. Today, the society remains deeply traumatized by the memory of massive violence and repressions of the Stalin era, which caused millions of victims, but has yet to settle accounts with the past: avoiding wonder about the question of responsibility, chose refuge in amnesia and suppress the Stalinist past to the margins of the collective consciousness. The post-Soviet power used past for their own political purposes, particularly to try to forge a new national identity. At first, Boris Yeltsin, the Soviet past was wholly rejected, as a completely negative parentheses in Russian history, and was replaced by the myth of the pre-revolutionary era, presented as a sort of golden age. Vladimir Putin, instead, recovered and rehabilitated several aspects of Soviet history (economic modernization, the victory over Nazi Germany, the expansion of Russian power) as part of a nationalist ideology based on the myth of Great Russia. These guidelines were received favorably by a large part of the Russian population that has fed nostalgia for the Soviet era. The rehabilitation of Stalin as a modernizer and as the strategist of the victory over Germany, is a central element of nationalist discourse deployed by Putin. Regarding the victims of Stalinism, they remain ignored in the post-Soviet Russian power.

**Key Words**

Russian Memory; Soviet Past; Nationalism; Stalin